

En bien general de la Orden

Sin descanso te busco para que me concedas paz de Tu Paz, amor de Tu Amor, bondad de Tu Bondad.

No ceso de pensar en ti, esforzándome por sostener en mi corazón la esperanza de encontrarte.

Confiado camino en busca tuya, con mi fe puesta en Tu Divino Altruísmo.

En la brisa fresca de la mañana paréceme verte: siempre amoroso, siempre risueño, ¡siempre Tú!

De los ardientes rayos del Sol recojo alegría y vigor: son luz de Tu Luz y calor de Tu Calor.

En la tarde iluminada por preciosos y simbólicos colores que se funden en la noche, mi fantástica ilusión llega hasta creer que vivo Tu Vivir y que siento el cansancio de Tu Declinar.

Temiendo no encontrarte ni poder continuar la marcha, me refugio en el regazo maternal de mi Logia donde hallo la compañía cariñosa y el consuelo de mis Hermanos masones.

Cuando comenzaba a creer que te habías alejado de mí para siempre, pude contemplar, en lo más íntimo de mi Yo, algo inexplicable que de ti emana; algo que no es completamente mío ni tuyo, sino de ambos a la vez.

En aquel momento feliz cayó la venda que cubría mis ojos, apareciendo victoriosas la Fe, la Esperanza y la Caridad. Quiero sentir Tu Amor, Tu Paz y Tu Bondad porque en ti me parece ver al Gran Arquitecto del Universo.

Civilización.

LA VOZ DEL SILENCIO

A las once de la mañana del día undécimo del mes undécimo de 1918 (pronto hará *once* años) se firmó el armisticio que dió fin a la guerra mundial. Este hecho se recuerda todos los años con un minuto de silencio, durante el cual cada uno según sus creencias reza por las víctimas de la guerra, o dirige un pensamiento de paz a los que sucumbieron en la lucha, o hace votos para que la paz que entonces empezó no se vuelva a interrumpir.

Para los esperantistas, los masones y los estudiantes de Teosofía este acto no debe sernos indiferente. El silencio es la mejor expresión de nuestras aspiraciones y además la más adecuada al modo de obrar la naturaleza. En silencio germinan las semillas, en silencio se cubre de flores el campo; a media voz hace la mujer sus más íntimas confidencias; todo lo hermoso que se crea, se concibe en el silencio. Sin el silencio apenas podrían los pensadores idear sus inventos y teorías; a media voz se transmiten los masones la palabra semestral, se dan sus enseñanzas y van construyendo el Templo.

Por el contrario, la destrucción va siempre acompañada de estruendo, como en los combates; los truenos anuncian la tempestad y las inundaciones; las batallas, en las que todo se destruye, son un fragor continuo. Hasta los hombres cuando disputan lo hacen a gritos.

Dice Alcione en su obra *A los Pies del Maestro*: «Lo mejor es acostumbraros desde el primer momento a pensar cuidadosamente antes de hablar..... Excepto en semejantes casos, ocupaos de vuestros propios asuntos y ejercitad la *virtud del silencio*».

Un poeta español, el capitán Fernández de Andrade, dice en la *Epístola moral a Fabio*, escrita en 1647:

¡Qué callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
 ¡Qué muda la virtud para el prudente!
 ¡Qué redundante y llena de ruido
 para el vano, orgulloso y aparente!

Todas las naciones, las que fueron beligerantes y las que se mantuvieron neutrales, celebran el principio de la paz con un minuto de silencio, como si con él quisieran crear y reforzar la fuerza que ha de neutralizar las causas de la guerra. ¿No podríamos también nosotros, si no a la misma hora, por impedirlo deberes profanos, por lo menos el mismo día reunirnos en la Logia, en la Rama, o en el Grupo y dedicar un minuto de silencio además del dedicado a las once de la mañana? Porque como masones, como teósofos o como esperantistas estamos obligados a más.

Esperanto.

Badajoz, la antigua *Pax-Augusta*. Noviembre, 1928.



La creencia en Dios en la Masonería

Conferencia pronunciada en las Logias «Guáimaro» y «Minerva»,
 por F. V. Preval, 33°

(CONCLUSIÓN)

Ya vemos, de modo evidente, que desde antes de su transformación la fraternidad masónica exigía a sus iniciados la previa declaración de la creencia en Dios; pero es que hasta la misma lógica nos indica que en aquella época tan alejada de la ciencia; en la que eran muy escasos los medios de conocimiento de que la generalidad podía disponer; en que imperaba la ignorancia en las masas o la indiferencia en los más adelantados; en que el predominio del espíritu humano lo ejercían los dos sentimientos que más le interesaban,

que más se le inculcaban y que mejor comprendía: el del amor a la patria y el de la creencia religiosa, causas éstas, unas veces públicas, otras veladas, de las numerosas guerras que entonces ocurrieron; en que la idea de la expansión comercial y el de la extensión territorial, si bien se estimaban necesarias—nunca al grado que en esta época de universal positivismo—no constituían—como el presente—el ideal y el objetivo de los pueblos, porque entonces había otra idea más alta, otra causa menos material, pero que halagaba mucho más los sentimientos de los guerreros y de los conquistadores de pueblos: el imperio de sus creencias religiosas, la divulgación, y en muchos casos, la imposición de la fe que practicaban; en ese medio, en tal ambiente, cuando la adoración de Dios era el estímulo y el incentivo para las más valerosas proezas y a su nombre y bajo su advocación se sacrificaban millares y millares de personas; cuando los poderosos de la tierra se declaraban siervos y servidores del Señor y a su gloria y mejor servicio encomendaban las empresas más arriesgadas; transportaos a aquellos días, queridos hermanos, en que se desconocía la libertad política y se desconocía la libertad espiritual y decidme si era posible, ligeramente posible que pudieran tolerarse la existencia y las prácticas de una sociedad que no estuviese constituida a base del reconocimiento del poder de Dios. Pensad que si en estos tiempos de plena libertad individual y de conciencia, las autoridades democráticas—o que debieran respetar el sistema de gobierno democrático que representan—, abusan de su jerarquía para ejercer presión sobre los mal llamados subordinados que defienden el respeto a la creencia ajena, se suspenden alcaldes que dentro de sus facultades prohíben la exhibición de procesiones religiosas, ¿qué no sería entonces cuando el gobierno personal y despótico era el que regía en la mayor parte de los pueblos?

Es que hasta el propio origen, universalmente aceptado, de la Francmasonería, de que proviene de un grupo de masones operativos que se dedicaba con especialidad a la construcción de templos y abadías, le da a esa sociedad cierto carácter de religiosa; porque aunque ello no sea una justificación irrefutable de la creencia de los operarios que la formaban, puede estimarse, sin embargo, como una armonización, como una identificación entre sus incipientes ideas filosóficas y la afición profesional a que se dedicaban, ya que entonces el temor a un delito de conciencia era tenido en mayor gravedad que ahora en que el avance de las ideas permite rectificar con el mayor desembarazo, y en que, a ese respecto, mentimos con verdadera impunidad.

Es notable la persistencia con que la idea de Dios se mantiene en la Masonería a través de los tiempos. Por lo que hace a los días primitivos, la vemos brillar en el *Manuscrito Regio*, que data de 1480; en los estatutos de 1663 y en cuantos otros documentos de la Edad Media se han aceptado como auténticos; aparece también cuando la fraternidad traspasa los mares y cuando se transforma de operativa en especulativa y abre sus puertas a personas ajenas por completo al arte de fabricar; momento que debió aprovecharse para realizar cualquier cambio radical en ella, si en realidad no se hubiese querido respetar las antiguas leyes, usos y costumbres de la hermandad, que nadie se atrevió a alterar.

Antes de la creación de la primera Gran Logia en Inglaterra, los restos de las antiguas Logias de construcción, compuestas, como se sabe, de obreros masones y de aficionados al arte de construir, se encontraban en condiciones nada favorables. La Logia de York se mantenía sólo en la forma, hasta que en el reinado de Jorge I, en 1714, un grupo considerable de afiliados a diversas opiniones políticas y religiosas querían encontrar «un punto de salvación, un oasis que les brindara tranquilidad y donde pudieran reponer las

fuerzas necesarias para el cumplimiento de sus obligaciones en el porvenir». El Dr. Théófilo Desaguliers, físico eminente, que conocía la Masonería por haber sido aceptado en ella como otras muchas personas de relieve social, sin haber hecho el aprendizaje profesional, de donde se supone que data el calificativo de *masones libres aceptados*, el Dr. Desaguliers, repito, se aprovechó de esa situación y de su crédito en la corte y les sugirió la idea de formar una asamblea de masones con las cuatro Logias que a la sazón existían en Londres, en la cual se pudieran tratar problemas que era imposible llevar al seno de aquellas corporaciones por la pobreza intelectual de la mayoría de los que las formaban. De ahí nació la transformación de la Masonería y la creación de la primera Gran Logia; y desde entonces la sociedad francmasónica se convirtió en una institución más avanzada que la de los obreros constructores.

En la nueva organización se exigía, en primer término, la independencia moral; y como prueba de que aquella entidad que nacía no era esencialmente distinta, sino una ampliación de aquella de que procedía, en el primer artículo de su ley reprodujo el que aparecía consignado en las antiguas *Old Charges*, en una pequeña variación en el lenguaje, que es lo que ha dado origen a que la exagerada escrupulosidad de algunos haya creído que se alteraron los Antiguos Límites y, por tanto, que se quebrantó la proclamada intangibilidad de esos preceptos.

El párrafo en cuestión dice así:

«Aun cuando en otros tiempos se obligaba a los masones a observar la religión de su país, cualquiera que fuese, hoy se ha creído más conveniente no imponerles otra que aquella sobre la que todos los hombres están de acuerdo y dejar a cada uno sus convicciones personales; es decir, que deben ser buenos y leales, hombres de honor, respetar la justicia y prescindir por completo de sus denominaciones y de sus

opiniones religiosas;» pero hay que advertir que esa declaración de principios seguía al precepto que decía así: «Un masón está obligado, por el hecho de serlo, a observar la ley moral; y si comprende bien sus deberes no podrá ser un estúpido ateo o un hombre irreligioso y desordenado;» precepto que es menos conminativo que el que se tiene por primero, en el cual se le exigía al masón que practicara o signiera la ley de los noachitas, que, según sabéis, eran los que observaban únicamente los preceptos que según la historia le había dado Dios a Moisés al salir del arca.

De modo que la frase «que aquella en que todos los hombres están de acuerdo» y la de «prescindir por completo de sus denominaciones y de sus opiniones religiosas», eran las palabras adecuadas para expresar la idea que animó a aquellos reformadores a ofrecer a los que buscaban «un punto de apoyo que les brindara tranquilidad y confianza», porque entonces existían todavía en la sociedad inglesa restos de católicos romanos que podían y seguramente eran perseguidos por los sectarios de la Iglesia anglicana, después de la lucha que la independizó del poder del papado.

Todavía Voltaire no había emprendido el camino filosófico que tanto renombre le dió después, ni el escepticismo había prendido en la mente ni en el corazón humanos; de donde se infiere que el respeto que esa declaración prometía a las «denominaciones y opiniones religiosas» de los que la formaban o iban a ingresar en la hermandad, no era sino a la forma externa del culto; nunca en cuanto al motivo, fundamento o inspiración de esas creencias.

El empleo del vocablo «denominaciones» claramente así lo indica; porque el ateísmo no es una denominación religiosa, ni se deriva, como el protestantismo, de ninguna religión: él es uniforme, único, no admite clasificaciones, es siempre radical, sin atenuaciones y uno en su forma y en su fondo. En cambio no sólo existía diversidad de opiniones

entre los que se mantenían fieles al credo romano y los que pertenecían a la Iglesia anglicana, sino que dentro de esta misma Iglesia había distintas tendencias. Esas diversas opiniones era lo que respetaba la renovada fraternidad.

A simple vista parece un detalle sin importancia la posición social de las personas que se encargaron de revivir la Masonería en Inglaterra; mas si nos fijamos en dos de sus más notables figuras y propulsores, veremos que esa declaración que ha servido de asidero a los que combaten la inalterabilidad de los Antiguos Límites, no significaba que la institución abría sus puertas al ateo y al creyente a la vez. El Dr. Desaguliers, además de sus méritos científicos, era reformista en materia religiosa y predicador del príncipe real; y Jacobo Anderson, Doctor en Filosofía y notable predicador presbiteriano.

Una institución que en su primera vida o sea cuando se titulaba la *Sociedad de los canteros y albañiles*, requería la creencia en Dios como requisito para entrar en ella, reformada después por dos hombres de la Iglesia, ¿iba a sufrir la importantísima transformación de declararse de tan amplio y libre criterio en ese extremo fundamental, hasta el punto de permitir la entrada a quien no reconociese a Dios?

Anderson, de cuya probidad y honradez no cabe dudar, fué comisionado para dirigir y trazar un plan de leyes que resumiesen el contenido de los antiguos documentos y de las viejas disposiciones de la ancestral fraternidad; y en 1723 presentó un proyecto de constitución basado, según dice, en «las antiguas leyes fundamentales (leyes generales de la Sociedad) o reglas para los francmasones, sacadas de los antiguos documentos de las Logias de Ultramar, de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda para uso de las Logias de Londres, en las que deben leerse siempre en la ceremonia de recepción de un nuevo hermano y siempre que el Maestro lo crea oportuno», en el cual proyecto consignó en el

capítulo primero que se refiere a Dios y la religión, el precepto fundamental tomado o basado en el de las *Old Charges*, aunque en forma más concisa y, si se quiere, más tolerante: «El masón está obligado, por vocación, a practicar la moral; y si comprende sus deberes, nunca se convertirá en un estúpido ateo ni en un hombre inmoral». Y para mayor fidelidad en la compilación, le agregé el párrafo que empieza: «Aun cuando anteriormente se obligaba» etc., que ya conocemos.

¿Cuál es, pues, la alteración que en ese extremo han sufrido los Antiguos Límites? En los asuntos del espíritu, de conciencia o de ideales, la forma es cuestión secundaria siempre; lo primordial y a lo que se ha de estar es a la esencia, al fundamento de las cuestiones.

No hay que negar que después de la expansión que la Masonería logró desde su transformación de operativa en especulativa, y sobre todo después de su introducción en los Estados Unidos, los Antiguos Límites dictados por la Gran Logia de Inglaterra, o sean aquellos que regulaban la marcha de la nueva forma en que había quedado organizada la hermandad, se aumentaron a medida que se creaban Grandes Logias; pero el crecimiento de esos preceptos no afectó nunca a los puntos básicos de la cofradía.

Fué, a mi pobre juicio, un grave y ya irreparable error el sistema que se adoptó para la propagación de la Masonería. Una de las causas que más ha contribuido a que perdiese la enorme preponderancia que alcanzó a raíz del cambio, es que, al contrario de lo que hizo su única e irreconciliable enemiga, la Iglesia romana, que concentra en su jefe los poderes para regir la organización en todo el mundo, la Masonería dió a cada Gran Logia la facultad de dictarse sus propias leyes; pues aunque todas, con la sola excepción de las de Francia y Bélgica, han conservado intactos los verdaderos Antiguos Límites, incurrieron —no obstante— en la perturbadora manía de las innovaciones y cada una agregó y

definió como tal Antiguo Límite cualquier punto de doctrina particular que quería establecer; lo cual prueba la falta que hacía un poder único ejercido con tacto, pero que hubiese sido el solo a dictar reglas e imponer disposiciones.

Como último argumento para demostrar la intangibilidad de los primitivos Límites, os diré que el eminente masón Alberto Pike, en un brillante examen que hizo de los que deben considerarse como verdaderos *landmarks*, tomó los siguientes:

La necesidad para los masones de congregarse en Logias. El gobierno de cada Logia por un Maestro y Vigilantes. La necesidad de que toda Logia, cuando se congrege, debe estar debidamente guardada.

El derecho de todo Masón de estar representado en todas las reuniones generales de la Fraternidad y de dar instrucciones a sus representantes.

Que ninguna Logia puede intervenir en los asuntos de otra Logia; de donde nace la doctrina de la jurisdicción sobre los candidatos rechazados.

Todo Masón debe creer en la existencia de Dios como G. A. D. U.; al cual agrega Pike esta explicación: «La frase G. A. D. U. no expresa una idea adecuada de la Divinidad. Y la verdad es, y así fué originariamente y por mucho tiempo, que nadie que no fuese cristiano y creyera en la Trinidad podía ser masón».

La división de la Masonería en grados, que al principio fueron dos.

De lo anteriormente expuesto se infiere que la Masonería, desde cuando era la «Noble sociedad de nuestros canteros y albañiles constructores», tuvo reglas y leyes, las cuales han sido transmitidas a nosotros íntegramente y en toda su pureza; y que después de la evolución de 1717 se establecieron otras que definían y desenvolvían el carácter y la nueva fase que entonces adoptó la Fraternidad; leyes unas y otras que debemos conservar y mantener si no queremos hacer de la Masonería una nueva y distinta sociedad; y entre las cuales está en primer término la creencia en un Ser Supremo.

¿Y por qué negar a Dios? ¿Por qué resistirse la inteligencia, no el espíritu, que a veces tiene la voluntad de creer—de la que recientemente habló un filósofo alemán—, cuando en sus tribulaciones busca inspiración y aliento en lo desconocido? ¿Por qué negarse el hombre a reconocer su pequeñez frente a la sublime grandiosidad de la Naturaleza, ante el inconmensurable poder de las leyes cósmicas, en presencia del bello panorama que el cielo le ofrece y la sabiduría que demuestra la contemplación de cuanto le rodea?

De Franklin a Marconi la humanidad ha visto realizadas concepciones portentosas que se juzgaban inverosímiles; pero la inteligencia del hombre no ha sido—y dudo que llegue a serlo alguna vez—capaz y suficiente para dominar el empuje de las leyes naturales y para descifrar sus misteriosos arcanos. Ha podido atraer el rayo, pero ha sido impotente para evitar su formación; prevé, anuncia y determina el curso aproximado de los huracanes, mas no ha podido detenerlos ni variar su trayectoria para librarse de sus perjuicios; cruza los mares en vapores que asombran por su calado y por su porte y deslumbran por su lujo; pero no ha podido evitar que el flujo y reflujo de las olas hagan de ellos su juguete; atraviesa los aires en raudos aeroplanos y en lentos dirigibles, que a veces tienen aquéllos que descender con mayor velocidad que con la que ascendieron para impedir la asfixia por la densidad del éter, o en ocasiones—como ahora mismo sucede al infortunado Nobile—se ven apresados entre las nieblas del Norte en una atmósfera enrarecida; imita con sus hábiles manos en poderosas industrias las flores y los pájaros; pero en los hechos por su mano falta en aquéllas la suave esencia y el delicioso perfume y en éstos la melodía, belleza y sonoridad que en los suyos ponen las aves canoras. Y así, en otros muchos vanos intentos, el hombre ha tratado, perfeccionando sus conocimientos, equi-

parar sus fuerzas y por lo menos medirlas con el poderío de las de la Naturaleza, sin haberlo conseguido.

Y eso que hasta ahora permanece ignorado, incognoscible, inescrutable, eso que a todos nos sobrecoge y nos asombra; lo que hace que el Nilo cada año empiece a crecer en junio, se desborde en septiembre y vuelva a su cauce en noviembre; que los astros giren sobre sí en el espacio en una sucesión infinita de los tiempos; que a la Primavera suceda el Verano, a éste el Otoño y que venga después el Invierno, sin que una de esas estaciones deje de llenar su provechosa misión; lo que da a las plantas vida y sensibilidad de humanos; lo que hace que la acacia tenga sus hojas rectas y separadas por el día y por la noche las junte y las incline y que el girasol se mueva en la misma dirección que el astro rey; lo que causa la reproducción de las especies; la maravillosa evolución del espermatozoide, que a veces transmite a los hijos imperfecciones o peculiaridades físicas de los padres; lo que establece las marcadas diferencias que se advierten en los rasgos fisonómicos de las razas; lo que forman las ondas que Hertz aprovechó con tanto beneficio para la humanidad; todo, en fin, cuanto el hombre no puede determinar, concretar ni definir en qué consiste, cuanto está fuera de su alcance y se resiste a su examen y a su análisis, eso es Dios.

Negar su existencia es negar la razón científica de que no hay efecto sin causa; porque el hombre actual no existe por sí, viene de sus predecesores; y en una progresión ascendente en busca del origen de la especie humana, de la procedencia de los demás animales, de la razón de la existencia de las plantas, de los insectos en sus múltiples formas, de los moluscos y sus rarezas, de los minerales y sus componentes; de cuanto «constituye la Naturaleza», como dice la liturgia, vagaremos perdidos por el campo de las especulaciones hasta llegar a un punto impenetrable para el saber

del hombre; y eso es y será siempre lo que Aristóteles llamó «la causa de las causas», que otros llaman Naturaleza, que muchos llaman Dios y que nosotros los masones conocemos como el Gran Arquitecto del Universo, que es el nombre que mejor cuadra a tan inmenso poder.

Basta asomarse al abismo del mundo y contemplar la majestad del infinito para reconocer que tanto la enorme y hermosa estrella como el minúsculo electrón, son fenómenos, mejor dicho, efectos extraordinarios de una causa también extraordinaria que la pobre inteligencia humana no alcanza a descifrar; y mientras el hombre no los comprenda, la voz del corazón tiene que alzarse en reconocimiento de la grandeza del autor de todo eso y como declaración dolorosa de su incapacidad e incompetencia.

El día en que se hayan explicado todos y cada uno de esos efectos, el día en que alguien pruebe que él se formó por sí mismo, que no tiene progenitores, que carece de genealogía, que vino a la vida por su voluntad y albedrío, podría ese raro ejemplar ser el único con razón para negar la existencia de la «causa de las causas».

Desgraciada la humanidad si se creyese lo supremo en el planeta; aunque el cielo estuviese vacío, aunque no sea más que visto a través de nuestra concepción y al aliento de una lejana esperanza, siempre será preferible a la tierra, siempre será más puro que los hombres, porque el corazón humano—como dijo un pensador contemporáneo—, el que impulsa las razas y promueve las guerras y conquistas, es una especie de caverna en que habitan monstruos que arrebatados por sus apetitos, determinan inesperadas modificaciones de la historia.

Lo que sucede es que los «irreverentes ateos»—esos a los cuales la Masonería antigua, más valerosa que la actual, les negaba prácticamente la entrada, no en la simple forma teórica en que ahora se hace—no son estricta ni lealmente justos

en sus razonamientos, porque todos, aun los de mentalidad extraordinaria—y nosotros conocemos alguno—basan su crítica en el supuesto de que los que mantienen la fe en Dios la ponen en un Dios concreto y determinado, expresión definitiva de una creencia particular y definida: en el inventado por la religión católica, apostólica y romana, por esa religión que en tantos de sus dogmas está en pugna con la ciencia y la razón: el Dios antropomorfo, vigilante perpetuo de las acciones humanas, de las que lleva nota cuidadosa para juzgarla cuando suceda la resurrección; munífico señor que reparte dádivas en forma de bienandanzas o juez severo que inflige castigos injustos a víctimas inocentes y que castiga en los hijos las culpas de los padres; función esta última, que aun en la hipótesis de que así fuera, no podría él ejercerla hoy, porque la sociedad le usurpó esa triste prerrogativa, y es ella la que pone en práctica tan inhumana ley.

La idea de Dios nació con el hombre mismo. La tuvieron en diversas formas y en distintos modos los hombres de la época prehistórica; y ya en los albores de la civilización del mundo, en Egipto se adoraba a *Osiris*, señor de los abidos, que representaba la lucha de la vida con la muerte, y a *Ra*, dios de Heliópolis, personificación de la lucha de la luz contra las tinieblas.

No empecé a la idea primordial del reconocimiento por el hombre de algo superior a él, la forma politeísta en que practicaban sus creencias los primeros pobladores y los que les siguieron hasta la época en que esa creencia fué condensándose a medida que avanzaba la civilización hasta llegar a las religiones positivas que nacieron después. Desde los caldeos a la moderna señora Blavatsky, pasando por Lao-Tse, Budha, Zoroastro, Jesucristo, ninguno de los fundadores de religiones deificaba su persona, sino que depositaban su fe en algo superior a ellos.

El mismo Confucio, enemigo de las divinidades, no negaba

ba la existencia de ese algo sobrenatural que constituyen las leyes de la Naturaleza; y aun cuando no depositaba su confianza en nada que no fuera la ejemplar conducta cívica y la absoluta moralidad del hombre, a un discípulo que le preguntó algo acerca de la divinidad, le respondió: «¿Hablan los cielos?»; lo cual equivale al reconocimiento de la existencia de algo superior que regía los mundos.

¿Qué os dice todo esto? Que aunque es verdad que la ciencia no está en bancarrota, sino que, al contrario, progresa y adelanta cada día más, por encima de la ciencia, del arte y de la filosofía ha estado y estará siempre la creencia en algo, que para muchos no es más que un símbolo, no es más que la expresión de la condición inferior de la humanidad, que siempre está cubierta por el denso velo de su inescrutable destino; algo que es, según la frase de un pensador ilustre, «una fuerza suprema que abraza y determina la acción de las otras fuerzas universales, siempre moviendo la inmensa máquina del universo y acaso guiándola en una evolución incesante cuyo término sea el Bien, aunque nunca total y absolutamente realizado».

He terminado.

(Del Boletín Oficial del Supremo Consejo de Colón).



Masonería en Waterloo

Clavel refiere el siguiente incidente, como una prueba de la feliz influencia de la Masonería, aun en medio de las escenas más horribles del campo de batalla. El General Shields, dijo, a este propósito, con motivo de la recepción que al General Quitman y a él dispensó la Gran Logia de la Carolina del Sur al regreso de ambos de la Guerra de Méjico,

que hasta no ser testigo de las escedas de un combate no había podido apreciar toda la importancia de los principios masónicos; a los cuales sólo era dable transformar y enternecer al corazón humano en semejantes momentos.

«El memorable 16 de Junio de 1815, en el momento en que el ejército aliado empezaba a retroceder, un ayudante de campo escocés, que había sido gravemente herido en el encuentro de Cuatro Brazos, fué abandonado en el mismo lugar de la acción. Maltratado por la caballería francesa, que había pasado sobre él, no le quedaba más remedio que morir. Poco después, sin embargo, descubre la escolta del enemigo encargada de recoger y atender a los heridos; haciendo un esfuerzo, se puso de rodillas, sola actitud que le permitía su debilidad, y con voz desfallecida imploró el socorro de sus hermanos, a pesar de la obscuridad de la noche y de los ecos casi moribundos del oficial, fué oído por uno de los cirujanos, que, reconociendo en él a un hermano, corrió a favorecerlo. Sus heridas eran muchas y escasos los medios de transporte. El cirujano francés ligó primeramente aquellas más peligrosas y colocó después al herido en su cama de campaña, acompañándole y atendiéndole hasta llegar al hospital de sangre, de donde le hizo trasladar a Valenciennes, en que fué afectuosamente recibido por las recomendaciones que llevaba de su protector y amigo, en cuya ciudad logró reponer completamente su salud, gracias a las atenciones que en ella le prodigaron.

Este número ha sido visado por la censura.

REGALAMOS

a los que se suscriban a VIDA MASONICA un ejemplar de cada uno de los libros siguientes:

RAMIRO, libro muy útil para la infancia; ayuda a formar el carácter.

LOS DOS CAMINOS


EL MAESTRO

Estos tres libros están escritos por Emilio Guzález Linera, quien ha puesto en ellos la sana intención de conseguir que la Humanidad se respete y ame desde la escuela, proclamando una Paz Universal. EL REGALO de dichos libros lo enviaremos en paquete certificado, a nuestro cargo, una vez recibido el importe de la suscripción a VIDA MASONICA.

Todos los niños deben conocer los tres libros que REGALAMOS y que en Librería cuesta dos pesetas cada volumen de más de 200 páginas.

Agradeceremos que os suscribáis a la Revista **VIDA MASÓNICA**

(SE PUBLICA UNA VEZ AL MES)

 **PRECIO:** España..... 7 ptas. por año.
Extranjero 9 — — —

Administración: Calle de San Lucas, 5. Madrid - 4 - (España)

Rituales del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, de los grados 1.º, 2.º y 3.º

Precio del ejemplar de cada grado, 1 peseta.

LIBROS, por Emilio G. Linera, a 2 pesetas cada volumen de
más de 200 páginas.

RAMIRO

EL ABUELO y otros cuentos. (2.ª edición)

EL MAESTRO y otros cuentos. 2.ª edición).

LOS DOS CAMINOS y otros cuentos.

FOLLETOS del mismo autor, a 10 céntimos.

Catecismo Humano-social.—Máximas Morales.

Diríjase toda clase de correspondencia y giros a

Emilio G. Linera.—Calle de San Lucas, 5. Madrid-4-(España)